Días extraños

Guillermo Sullivan

Capítulo 1

Días extraños

Estos días tienen cierta colindancia con los muelles de la melancolía, con los fantasmas de un pasado que me resultan ajenos a mi existencia, hay esa sensación embargada de polvo astral, y lo terrestre toma la apariencia de otra era, como si hubiera cruzado un vórtice, y por medio de él, me embocara en la historia de otros tiempos. Los días me rodean, me acechan con su voluntad de espacio y tiempo; estoy preso en esta ergástula fabricada por las manos de una ensoñación, por la noche apenas incendiada por una luna menguante. Ya no sé quién soy, sólo sé que me siento un extraño en mi cuerpo. Si acaso me lees, éste es sólo un trozo de mi alma que tal vez nunca debí plasmar en palabras. Hay algo de misterio en todo esto...

La palabra ausencia penetra en mi pecho, y a través de esa herida puedo sentir el pelaje de un animal adormecido, puedo sentir el aire oscilante de esta ciudad, mis pasos acompasados por otra música, el silbido de un extraño que atraviesa el patio del alba. Y yo, sigo caminando…, por las calles intrincadas de una urbe que me ha mostrado otro rostro, por el filo de una ilusión que me atañe desde estos días. Y así, cada día que pasa, los días me resultan indistintos, ajenos a mí, y bajo mis artificios por levantar el ancla de este océano de la locura, sigo buscando el prisma de la resolución.

2

Hay preguntas que caminan sobre la cuerda floja de la verdad. Hay ángeles que dialogan con la muerte sobre el destino de los vivos. Hay cal en las heridas antiguas, y la historia se reescribe sobre la costra del mundo. Somos parte de un todo, y sin embargo, hay una falta de cohesión en las cosas.

El aleteo de un ave sobre una piedra enmohecida puede ser la señal de vida y muerte. La genuflexión de los dementes se manifiesta sólo a través de sus propios sueños, y al despertar, sostienen su verdad con la cabeza de un rey decapitada en sus manos. Y dentro de los parámetros irracionales de la existencia, alguien ríe en la sala de los espejos rotos, allí donde los recuerdos sólo me atañen a través de imágenes oníricas. Sí…, tal vez la locura ha asomado su cabeza desde las celosías de la realidad, desde el principado de una odisea que no acierto a entender. Ya no sé quién soy. Ya no sé a dónde voy, sólo me dejo llevar por el ímpetu de la marea, por el portulano, y por la brújula.

Días extraños…, es todo lo que veo a mi alrededor… Días extraños…

La voluntad de los ángeles se oxida con el deseo de los vivos. El silencio puede ser una puerta la final del pasillo, y afuera, una deflagración está consumiendo un cúmulo de preguntas. Veo el camuflaje de los atardeceres dejar caer su mano, la luz mortecina y apagada sin estar apagada, y una parvada de aves negras que se alimenta con mi silencio vertida en una bandeja, y cuyo metal no puedo reconocer. Y así, cada día y cada noche, los días me rodean, con sus vestiduras estrambóticas, con su amor profano.

Días extraños…, cada día y cada noche, en la apariencia de los rostros, en el sabor de la comida, en el olor de las mañanas... Días extraños…

3

El punto de partida se posa como una estatua a orillas de la ciudad, y en cuya extensión de terreno la maleza a cubierto gran parte de su primera forma, de su amor imposible, y de su sombra que colinda con la palabra esperanza. La danza de las emociones es exorcizada por mi mano, mi mano que no deja de escribir, y por una voz electrizada que sale de mi pecho. Me siento la sombra de un espejo; mi otro yo deambulando por los pasillos de un sueño, y a su vez, siento el ósculo bello y extraño de un paraíso de emociones intrincadas. Ya no sé quién soy…, y algo dentro de mí reclama el despertar y la realidad.

Días extraños, es todo lo que veo a mi alrededor… Días extraños...